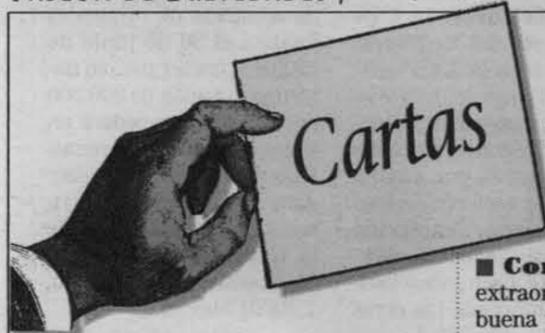




Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Teodoro Camino, 19-Entlo. 02002 Albacete. Tlfs. 967 21 93 11 y 967 21 93 50. Administración: 967 21 00 00. FAX: 967 21 07 81. ALCANTE: Avda. Óscar Espá, 4. 03003 Alicante. Tlf. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tlf. 968 50 44 00. FAX: 968 52 96 16. ELCHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tlfs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio "La Verdad". 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. Edición electrónica: http://www.la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.la-verdad.com. Difusión controlada por C.J.D. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



Cartas

I
Seguro es que, si Santa Teresa hubiese dispuesto de un *móvil* a la mano, no se molesta en escribir sus famosas cartas.

Una pregunta se hace inevitable ante el tema: ¿Se escriben cartas hoy? Gente de crecida envidia y sapiencia hay que, catedrática en el dime y el direte de la vida social, a la hora de redactar una carta se embrolla y se ofusca. No nos engañemos. Cartas, lo que más o menos todos entendemos por cartas, pocas se escriben hoy. Ni siquiera los novios que por una imprevista circunstancia permanecen alejados uno del otro, se escriben actualmente cartas. Ellos se lo pierden, claro. No saben que, frente a la frialdad del teléfono, con riesgo de imprevistas escuchas, estridencias acústicas e incluso interferencias de un comerciante de Cataluña que reclama un pedido de *patés*, está la carta manuscrita —puño y letra del respectivo amado por medio—, misiva leída y releída golosamente por el destinatario o la destinataria una otra vez.

«¡Cuántas cartas, Dios mío, en esta vida, debiéndose escribir, no se han escrito!» Lo firmó y rubricó el abuelo Campoamor, que en materia de cartas maestro vino a salir. Razón tenía. Buscando ahora nosotros *nuestra* carta, sólo hallamos en nuestro respectivo buzón, una abultada colección de catálogos a todo color, circulares insípidas, facturas, recibos, avisos de pago a Hacienda... Todo menos *nuestra* carta, acaso la que, esperada por nosotros con cierta expectación, todavía no ha sido escrita. Ejemplo eficaz que nos hace ahora cortar por la sano estas líneas con el fin de comenzar a escribir, generosos por una sola vez, la carta que, nunca se sabe, alguien viene esperando de nosotros.



II
Se envolvía el paisaje conelchal de plata de la luna.

III
Como trofeo extraordinario de su buena pesca, llevé el pescador hasta su domicilio la sirena al mar ganada. Escapó ésta, a toda prisa. En la casa había gato.



IV
En el azul del mapa de nuestro cuarto de trabajo anda disuelto aquel crucero en el que tanta ilusión pusimos pero que nunca realizamos.

V
La famosa pitonisa, jamás errada en ninguna de sus predicciones, pretextando que su mucho trabajo le impedía acompañarle, animó a su marido a tomar parte en aquel atractivo viaje de placer del *Titánic*.

VI
El operador de cine de pueblo se equivocó una vez más al soldar con un buen pegamento los deteriorados rollos de celuloide de las películas a devolver: vino a casar así a Richard Gere con la novia de Frankenstein y a la dulce y jovencísima Penélope Cruz con el último Marlon Brando, a cuestas su cargamento de kilos.

VII
El minicuento semanal
MEMORIA DE TIA FLORITA

Entradas en buenas carnes, joven aún, la recuerdo. Zapatos de tacón afilado, boca pintada en forma de corazón, falso lunar en la mejilla izquierda y un ramillete de jazmines, cada día renovado, amenizan



do sus generosas protuberancias pechugonas, aumentadas con el paso del tiempo.

Casa de varios niños la nuestra, venían a descansar mis padres en la impredecible colaboración de tía Florita, de la cual ojito derecho venía a salir yo. De su mano recorrí, niño de pasito torpón aún, el real de la feria, gozando de múltiples atracciones; asistí a varios de los conciertos de la banda municipal, en el templete de la glorieta mayor encaramada, y, por supuesto, gocé de muchos de aquellos animados guateques en los que tía Florita participaba directamente por medio de las interpretaciones, a su bonita voz debidas, de aquellas para mí, que siempre gocé de buen oído musical, inolvidables rancheras mejicanas, romanzas de zarzuela y canciones de Imperio Argentina. Detalle curioso: su gusto personal era acabar siempre sus intervenciones con su canción predilecta: el «Banderita tú eres roja, banderita tú eres gualda...», cuya letra era tomada tan a pecho por tía Florita que, cuando al final de la canción, entonaba aquello de «el día que yo me muera, si estoy lejos de mi patria, sólo quiero que me cubran/con la bandera de España», tocada por la emoción patriótica debía ser, tras unos inevitables pucheros, tía Florita acababa llorando a buen llorar. «Que no lo puedo evitar, coñe», decía, llevándose al lagrimal la punta del pañuelo.

Vino a matrimoniar tía Florita, ya talluda, con el dueño de *La Flor de Valencia*. *Comestibles finos*, tío Eduardo ya desde entonces para la familia. Tan mala fortuna la de tía Florita, que a lo pocos meses de su boda tío Eduardo pasó a mejor vida, dejando a aquella vestida de negro para siempre, tal las viudas de *Las Leandras*.

Sólo el tiempo pudo hacer pasar a tía Florita del telediario al culebrón de las tres y, más tarde, transcurridos los años y esta vez a petición mía, uncirla al nuevo encuentro con el real de la feria, de la mano de mi hijo menor, tal un día hizo conmigo, paseo del que volvía siempre un tanto soliviantada por mor de los adelantos tecnológicos de las nuevas atracciones —barcas voladoras, ruedas gigantes, viajes *espaciales*...— frente a los antiguos caballitos de cartón pertenecientes a los primitivos tióvivos a los que, en otro tiempo, ella misma me había ayudado a montar.

Cuando hace unos días tía Florita, seguramente respondiendo a una llamada de tío Eduardo, nos dijo adiós para siempre, no dudé un sólo instante homenajearla del modo más idóneo a mi entender: contraté a la banda municipal, y vengo a dar fe de que el vello se me puso de punta cuando, tras el coche fúnebre que transportaba a tía Florita, camino del templo parroquial en cuyo coro tantas veces había intervenido en múltiples solos, la banda atacó el «Banderita tú eres roja, banderita tú eres gualda...»



VIII
Dos personas integraban la manifestación *pro-cuñadas maltratadas*, a saber: el Donato que, a la vista estaba, a regañadientes tomaba parte, y su cuñada la Filo, que enarbolaba la pancarta.

IX
Bodegón de Murcia. Pastel de cierva.

Cueva de Ali-Babá, en mantecosa pasta-flora fabricada, huevos duros y picada carne de pollo nutren su interior. A favor de su origen, cuéntase que al viejo puerto de San Pedro del Pinatar arribó en cierta ocasión una embarcación con el fin de cargar sus bodegas de sal. A la opípara cena ofrecida por el capitán del buque asistió don Juan de la Cierva y Peñafiel, quien, complacido por el exquisito sabor del pastel, con el tiempo bautizado en su honor con su propio apellido, solicitó su receta.

En verdad importado el pastel Cierva, vino pronto a tomar carta de naturaleza en la gastronomía del Mar Menor, convertido hoy en uno de sus platos preferidos con entera justicia. Dé fe quien lo probó.

X
Sueña la modesta arquitectura infantil, juguete preferido del niño, con tomar cuerpo un día bajo los áureos poderes del sol de la calle y de la ducha amorosa de la lluvia.

